

—¡No lo niego! mas desde que te conocí, sólo en tí he pensado.

—Ya lo sé; y quiero pagarte de la manera que me es posible.

—Págame queriéndome mucho.

—Ya lo hago; y además complaciéndote en todo lo posible; esta noche voy á leer á los amigos que vienen á acompañarnos todos los sábados, el principio de una novela que estoy escribiendo desde hace algunos días.

Una viva alegría iluminó el semblante de Mr. Cottin, que abrazó tiernamente á su mujer.

—¿Cómo se llama esa novela? preguntó.

—*Clara de Alba*: está en cartas, y leeré las dos primeras; cuando la haya terminado, si te agrada, se imprimirá.

—¡Oh! ¡qué dichoso seré yo si veo tu libro en todos los salones, en las vidrieras de todos los librereros de París! ¡Oh mi Sofía! ¡ese es mi más hermoso sueño! Mira, hay muchas mujeres á las que yo he desdeñado, que te niegan todas las ventajas: la hermosura, el nacimiento y la riqueza... ¡Oh! ¡deja que vean en tus sienes la deslumbrante corona del talento! ¡deja que te vean sentada en un trono de gloria! ¡esa gloria reflejará en mí, y la Francia entera envidiará á tu feliz esposo!

—¡Mi aya conoce perfectamente el corazón del hombre! se dijo Sofía al salir de la estancia de su marido; ¡en el amor del sexo fuerte entra por mucho la vanidad!

## XIV

La velada en casa de Mr. y Mme. Cottin fué brillantísima y animada: de cincuenta á sesenta personas de la sociedad más escogida de París escucharon las tres admirables cartas primeras del libro inmortal que todos los amantes de lo bello y de lo bueno conocemos con el título de *Clara de Alba*. Idilio encantador donde el amor hace el principal papel, y donde el amor por su misma grandeza es mártir del deber y se inmola generosamente.

El auditorio, en su mayor parte inteligente, quedó á la vez encantado y lleno de asombro: por la primera vez, después de la catástrofe que había arruinado su casa, el semblante de Mme. Restaud reflejó una viva alegría, y el padre mismo de Sofía no pudo resistir á la emoción que le causó el talento de su hija.

Mme. Cottin leyó después de su prosa algunos trozos de Sakespeare y una escena de Racine, con tal inteligencia y sentimiento, que las lágrimas llegaron á los ojos de todos los oyentes.

En fin, se la hizo cantar, y el entusiasmo no conoció límites.

A lo menos en aquel círculo escogido, Sofía Restaud de Cottin quedaba reconocida como una mujer que debía dar á su patria muchos días de gloria.

Mas como si el cielo no hubiera aún señalado para aquella época los días de su triunfo, el estado doliente de Mme. Restaud se agravó de tal suerte, que toda la familia se dedicó completamente á su cuidado y alivio.

Adela de Blaye, joven aún, hermosa, adorada de su esposo, de su hija y de todos los que la conocían, bajaba al sepulcro rápidamente; la viuda de su hermano, la madre de Gustavo, al saber el crimen de aquél, su huida, su desaparición completa, no pudo resistir á tantos pesares, y murió, dejando en la orfandad y en la miseria á todos sus demás hijos.

Mr. Cottin se hizo cargo de los cuatro huérfanos; las niñas fueron colocadas en colegios, y el varón entró en el estudio de un pintor, pues había manifestado una vocación decidida por aquel arte.

La revolución empezaba á rugir, amenazando las vidas y las fortunas: cada familia temblaba en el fondo de su hogar; la de Mr. Cottin se preocupaba solamente del estado de la pobre Adela: habíase declarado una enfermedad de consunción que devoraba con una rapidez espantosa la fresca savia de aquella rica y pura naturaleza: sentada al

derredor del gran sillón en que sufría y moría aquel sér adorable y adorado, la familia encubría su profunda desolación bajo las muestras del más tierno interés: Mme. Cottin leía á su madre algunos ratos; su esposo y su padre, en las horas en que los dejaban libres los árdulos trabajos del escritorio, la hablaban y distraían por todos los medios posibles; Misstris Rawlings, ardiente católica, rezaba algunos ratos con la pobre enferma y hablaba con ella de asuntos piadosos.

—Si yo muero, le decía Adela, vos seréis la madre de mi Sofía, vos la sostendréis en las rudas pruebas que la esperan: tampoco tendrá padre durante largo tiempo; el golpe que me ha herido le ha aniquilado también; lo veo con los ojos del alma, como le veo envejecer con los del cuerpo. Sofía quedará sola con su esposo, y yo os suplico que no os separéis jamás de ella.

Mme. Restaud tenía razón: su esposo, á pesar del afecto filial de Augusto Cottin, á pesar de la rara generosidad con que les había abierto su casa, á pesar de ver que su trabajo, unido al de su yerno, hacía prosperar todos sus negocios, estaba herido de una desesperación incurable: á su edad, cuando ya veía tras largas y amargas luchas asegurada su fortuna y la tranquilidad de su vejez, se veía pobre y dependiente del esposo de su hija.

Un trabajo asiduo hubiera, á no dudar, levantado de nuevo el edificio de su prosperidad; pero no tenía el valor necesario para tanto: cuando se

ha trabajado con fe durante largos años, la fe se extingue en el momento en que todo el edificio con tanta pena construido se viene al suelo, demolido por el terrible soplo de la desgracia.

Una noche se halló aletargada en su sillón á Mme. Restaud: las caricias y las lágrimas de su hija, ni los cuidados de su esposo, no consiguieron volverla en sí: después de todo un día de expectativa angustiosa, abrió sus bellos ojos, en los que brillaba una apasionada ternura y una inefable serenidad, y los fijó en los objetos de su cariño.

—No os asustéis, les dijo con una dulce sonrisa; aun estoy entre vosotros, pero no será por largo tiempo: mi alma volará en breve á las regiones eternas, y en las comarcas donde la luz no se oculta jamás, y donde el día es sin sombras y sin fin, os esperaré, y os amaré como aquí!

—Tú te reunirás pronto á mí, prosiguió alargando á su marido su pálida y enflaquecida mano: no se vive en la íntima y dulce unión que nosotros hemos tenido, sin romperse los hilos de la existencia cuando llega la hora de la separación: ¡sí, amigo mío! yo te espero, y no te diré:—adiós, sino—hasta muy pronto. En efecto; no parecía posible que Mr. Restaud pudiera sobrevivir á su esposa, á la amable y amada compañera que había dividido con él todos sus pesares y alegrías: con profunda amargura contemplaba los estragos de la enfermedad, y no podía separarse del lado de su adorada enferma.

Aquella suave luz se apagó al fin, dulce y como insensiblemente; el alma voló á las regiones de la eterna luz después de una corta y dulce agonía, y Sofía perdió á la vez la mejor de las madres y la más tierna é indulgente amiga.

¿Quién podrá pintar el dolor de Mme. Cottin y el de toda su familia?

Augusto y Misstris Rawlings se hallaban tan inconsolables como el esposo y la hija, y el vacío que Adela dejaba entre los suyos no pudo ya llenarse con nada.

Mr. Restaud, presa de un malestar físico ocasionado por el mortal dolor que le impedía el gustar ningún reposo, hubo de renunciar á todo trabajo; una fiebre aguda se apoderó de él; el insomnio llegó á ser su habitual estado; en vano Sofía, que temía otra catástrofe, procuraba distraerle; en vano su esposo se esforzaba para el mismo fin; el desgraciado se inclinaba hacia el sepulcro; los médicos ordenaron como remedio supremo el que fuese á respirar las dulces auras de su país natal, asegurando que la saludable influencia de aquellas era su única esperanza, y Sofía obtuvo de su marido el permiso de acompañar á su padre, que no podía pasarse sin sus cuidados y tierna asistencia.

## XV

La vista de sus amigos y de los sitios en que se habían pasado su infancia y juventud parecieron, en efecto, ejercer en el padre de Sofía una influencia saludable; la joven le vió volver poco á poco á la vida, y su alegría fué tan grande, que dió por bien empleada la separación de su marido, aunque apenas llevaba dos años de casada.

No así Mr. Cottin: su generoso proceder consintiendo en separarse de su joven esposa, le parecía absurdo; algunos meses después de hallarse Sofía en Burdeos, decíase con el egoísmo de la pasión, que él se había casado para ser el dueño absoluto de Sofía, y no para cederla, y le parecían ya demasiadas las concesiones y beneficios que á la familia había hecho, para haber cedido á la para él más dolorosa de todas las exigencias.

Todas sus cartas á Sofía empezaron á resentirse de la amargura de sus pensamientos; la pobre joven comprendía la tormenta que rugía y la amenazaba, y no sabía qué hacer: dejar á su padre, era imposible, atendido el estado de su salud; dejar de acudir al lado de su esposo, ofrecía grave riesgo, pues Mr. Cottin, irritado con la

insistencia de su mujer en permanecer en Burdeos, la acusaba ya hasta de serle infiel y de haber hallado en su ciudad natal antiguos lazos de afecto.

La infeliz Sofía se hallaba en una cruel tortura: escribió á su marido muchas cartas llenas de ternura, rogándole que fuese á pasar algunos días á su lado, para que se disipasen todas sus sospechas; pero el esposo se negó duramente y le exigió que inmediatamente saliese para París.

Mr. Restaud alentó á su hija para que le dejase y cumplierse con su deber de esposa.

—Yo tengo aquí buenos amigos, le dijo, y ellos me acompañarán en tanto que tú estas lejos de mí; si me siento mal de salud, te llamaré; entretanto, hija mía, envíame á la buena Misstris Rawlings para que te reemplace en los cuidados materiales.

Sofía partió llorando; en su interior acusaba á su esposo de injusticia, y no concedía que era un exceso de cariño lo que le hacía llamarla á su lado.

Mr. Cottin recibió á su esposa con profunda gratitud; pero ésta no vió en sus extremos más que la alegría de ver su voluntad omnipotente obedecida: recibió sus caricias con frialdad, y Mme. Cottin adquirió la certidumbre del egoísmo de su marido.

El primer grano de arena había caído en el lago azul del matrimonio: ¿quién lo había arrojado?

do? No era ciertamente Sofía; pero ¿acaso había agitado aquella tranquila superficie la mano de su marido? Fuerza es confesar que no era Augusto el autor del malestar de los esposos.

Los acontecimientos se encargan de destruir los edificios de dicha que más sólidos parecen: mil pequeñeces aglomeradas suelen formar la nube que envuelve la felicidad más pura y más serena.

Una enfermedad aguda, y que sólo esperaba la ocasión de mostrarse, se desarrolló en el temperamento nervioso é impresionable de Mr. Cottin; fué atacado de una dolencia al hígado, que le sujetó á crueles sufrimientos materiales; toda su belleza, toda su elegancia se fundieron en una extrema y horrible languidez; sin embargo, era tanto lo que amaba á su esposa, que procuró disimular los estragos del mal, y sobre todo, el negro humor que le ocasionaba.

La pobre Sofía se halló á los diez y siete años colocada entre un padre casi moribundo y un esposo gravemente enfermo; á no ser por la buena Misstris Rawlings, es indudable que hubiera muerto; aquella anciana, ilustre por su piedad y sus virtudes, acudía á aquel de los dos enfermos que se hallaba lejos de Sofía; amaba á ésta con una ternura verdaderamente maternal, y nada le parecía duro para aliviarla.

Mr. Restaud fué el primero que falleció; un invierno riguroso agravó su mal; y su hija, que á

la sazón estaba al lado de su esposo, llegó con el tiempo preciso para recoger su último suspiro.

Entretanto que Sofía cumplía con los deberes de la piedad filial, Blanca de Flavigny, que se había conservado fiel á su primer amor, se atravesó como un rayo de luz en la vida de Augusto. Sofía ausente, Sofía acusada de ingratitud por su marido egoísta y descontentadizo que la contaba como una culpa el que hubiera ido á recoger el último suspiro de su padre, no podía contrarrestar el mal. Mr. Cottin se dejó seducir por el encanto de Blanca de Flavigny, que le amaba aún, que le compadecía, que era la beldad á la moda de la alta sociedad parisiense. Cuando Mme. Cottin regresó, el ruido de aquellos amores llegó á sus oídos: nada dijo á su marido; no profirió una queja; mas al retirarse á su cuarto caía de rodillas, anegada en llanto, cada noche, y decía, elevando al cielo los ojos y el corazón:

—¿Será posible, Dios mio, que me castigúis por haber amado á mi padre?

## XVI

La revolución estalló al fin y se llevó las vidas y las fortunas; el Marqués de Flavigny, acusado de realista, subió al cadalso, y su hija, encerrada en la Conserjería, esperó resignada la hora de seguirle.

Era Blanca una noble y dulce criatura, toda sentimiento, y que perdido el amor que había llenado su alma, miraba la vida con extrema indiferencia; profundamente piadosa, lloraba el no poder vencer la pasión que la encadenaba á Augusto Cottin, y deseaba la muerte, que la libraba de aquel sentimiento culpable que no podía dominar.

Augusto, cuya enfermedad avanzaba rápidamente, hizo tales esfuerzos para salvar la vida de la Mlle. de Flavigny, que él mismo se dió el título de sospechoso y le fueron confiscados todos sus bienes.

Sofía siguió en su noble silencio; el que hubiera sabido lo que pasaba en aquel corazón de diez y nueve años, oculto bajo el cándido y gracioso rostro de un ángel, hubiera sentido una pro-